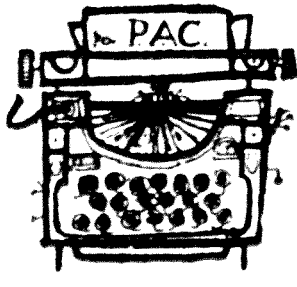


escrito a máquina

No se va al futuro saltándose el presente



El animal vive su tiempo exacto. Está emparedado entre su nacimiento y su muerte. El hombre le roba tiempo a los muertos —al pasado— y a la muerte—, al futuro. El hombre ensancha desesperadamente los límites, los muros de su tiempo biológico. A través de lo que heredó, vivo de mi pasado, retiro hacia atrás ¿por cuántas generaciones? mi nacimiento. Así logro que “mi” tiempo no comience conmigo. Estiro mi estatura temporal. Me empino, me giganteo robándole a mis padres, a mis abuelos, a mis antepasados —¿cada día roba más pasado el hombre!— insaciable, quiere nacer con Adán, y más antes, con los homínidos, con el monito antecedente y su secreto.

El mismo esfuerzo hace por robar futuro. Realmente, como dice Garagorri “hacemos lo que hacemos en vista de un porvenir, es decir, de un futuro. A escala individual, ello es patente: la juventud se emplea en el aprendizaje de la profesión que define LO QUE LLEGAREMOS A SER; y la ancha zona central de la vida se emplea, cumpliendo proyectos de mayor o menor plazo, en ejecutar acciones que nos lleven, cada día, hacia el mañana que con ellas afirmamos”. Hasta hace poco, sin embargo, caminábamos a prisa, futureando, pero el límite oscuro de la muerte no nos hacía gracia y volteábamos la cara. Hasta hace poco, toda edad buena, toda edad mejor, toda edad de oro estaba en el pasado. Poco a poco el hombre (y sobre todo el hombre occidental) fue desplazando su idea de la Edad de Oro del pasado al futuro. No está mal el cambio. El hombre es el HEREDERO. Hereda recuerdo pero hereda más en la ESPERANZA. El hombre es un presente que incluye su porvenir pero limitadamente y sin echar a perder su misterio. El problema es no perder el equilibrio, que “guarde la proporción entre sus dimensiones de pasado y futuro, de tal modo que el centro de gravedad repose, como en el hombre maduro —no en el futurismo juvenil, ni en el pasatismo senil— sino en un equilibrio que lleve el peso mayor sobre el presente”. Sin embargo, hoy día “el FUTURO MEJOR se ha convertido en la religión del mundo actual. Las frecuentes víctimas que se inmolan para su cumplimiento se contemplan como nuevos mártires de la nueva fe, y las brutales privaciones y violencias que los gobiernos planificadores imponen a los individuos se justifican como inevitables para acelerar o procurar la llegada de esa siempre imaginaria Edad de Oro, ahora desplazada al remoto porvenir”.

Con la misma voracidad que robábamos el pasado, robamos ahora el futuro con todos los instrumentos que tenemos a mano: Técnica, estadística, ciencia, ciencia-ficción, todo se usa para perforar ese límite, que hasta ayer el hombre juzgaba desconocido y que hoy, con furia, lo asalta hasta vivirlo falsamente, alienadamente.

¿Por qué alienadamente? —Porque cada día nos desobligamos más de nuestro presente viviendo cada vez más el futuro; porque esa violenta succión del mañana que aún no existe —y que en realidad no es nuestro— va anulando nuestra autenticidad personal que sólo se realiza en el presente. La alienación en el penetrante sentido marxista consiste en vernos negados o enajenados por nuestras propias obras. El marxismo denunció y combate la alienación que produce el peso del pasado, tratando de liberarnos de su hipoteca, para organizar un presente mejor —pero y aquí cito de nuevo a Garagorri— si el presente se ve, de nuevo, sometido a la hipoteca del remoto futuro, a la servidumbre de una espera mesiánica, en definitiva, la alienación habrá cambiado de signo pero el hombre verá, igualmente, evacuado su presente por el fantasma de una situación irreal.

Nosotros, en Nicaragua, regimentalmente, sin haber nunca anclado en el presente, nos estamos volviendo cada vez más futuristas. Un desarrollismo futurista nos ha llevado con vientos locos, cada vez más lejos de nuestro propio presente. Si no nos detenemos a pensar un poco pronto habremos sacrificado toda una generación a esa sucesión anónima de Dios que algunos distinguen con el alegre nombre de Progreso.

En la Biblia hay frente a esta idolatría del futuro un señero personaje orientador: la figura del Profeta. Paradójicamente el Profeta va al futuro (y lo ve) sin esquivar el Presente, sin alienarse de la responsabilidad del presente. Figura ejemplar de actitud es Moisés: saca al pueblo de Israel del dominio del Faraón. (¿Qué necesitamos estamos de un Moisés!). Moisés conduce al hombre al desierto y le saca de la aparente tranquilidad, solidez e incluso desarrollo de la esclavitud. No pocas veces su pueblo, salido de Egipto, añora los negocitos estables bajo el oprobio. Pero Moisés anima incansablemente al pueblo exhortándolo a seguir en busca de la “tierra prometida” —que es el futuro— sin que ésta ocupe hasta tal punto su mente que le haga olvidar el camino que conduce a ella. Se niega a confundir el medio con el fin. Los planes son ciertamente indispensables para un futuro que no nos es lícito esperar en actitud de mera pasividad. Pero al mismo tiempo que los planes, la verdadera construcción del futuro se

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

hace con las realidades que acumulemos en el presente. Es el "hoy" cumplido el que conquista y realiza el mañana prometido.

PABLO ANTONIO CUADRA

NOTA:—Véase el ensayo de Paulino Garagorri: "Futurismo y alienación" —"Revista de Occidente" Nos. 56 y 57— del cual extraigo buena parte de las ideas aquí expuestas. También recomiendo los notables estudios sobre "profetismo" de la revista "Concilium" N° 37.